

Mario D. Ríos Gastelú

Libros que levantaron polvareda

Conocí a muchas personas acostumbradas a la lectura, devorar un libro de 400 páginas en una sola noche o en un solo día, sin detener la lectura por razones de sueño o de hambre. El contenido de la obra restaba el sueño o sacaba todo apellido.

Novelas de Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Honorato de Balzac o Julio Verne, por ejemplo, merecían esa entrega, pues la trama era tan apasionante, que no se podía dejar para otro día el desenlace. La isla misteriosa, De la Tierra a la luna, Veinte mil leguas de viaje submarino, entre otras, se convirtieron en novelas de anticipación, de lo que la ciencia lograría en el transcurso del tiempo, sin que nadie reaccionara para llevar a la hoguera a un Einstein o un Julio Verne. Aquel por sabio y éste por adelantarse a grandes inventos, pues ahora el hombre llega a la luna, existe el teléfono, el submarino es un hecho y la bomba atómica causa estragos, entre otros inventos y descubrimientos científicos incluidos en la producción literaria del célebre novelista francés.

Como Verne, hubo otros autores que merecieron lecturas y relecturas y, aunque novelas prohibidas en su tiempo, como las de José María Vargas Vila, todas merecieron contar con una legión de lectores, pese a ser censuradas por la Iglesia, la alta sociedad y las instituciones religiosas, apoyadas en la defensa de la moral, así, todo libro prohibido se convirtió en "best seller".

El estilo, antes que la trama en las obras de Vargas Vila, cautivaba a los románticos de principios del siglo XX, como encandilaban los títulos de las obras de Gustav Flaubert, Guy de Maupassant, Honorato de Balzac, y otros. Uno de los grandes errores de Vargas Vila, era denigrar a la mujer, ridiculizar personajes públicos e incitar a la juventud al suicidio, aunque él murió de viejo.

Dan Brown

En los días actuales, cuando surge una suerte de "destape" universal (al estilo español post Franco) se dan a conocer otras publicaciones que marcan ciertos hitos en la historia de la Literatura Universal y crean anticuerpos en críticos literarios o instituciones que velan por la memoria de próceres, sabios, científicos y figuras patriarcales de la Iglesia.

Uno de esos libros es El código da Vinca, del escritor Dan Brown, el otro, del mismo autor: ángeles y demonios. Ambas obras pertenecen al género novelesco.

Era de esperar que surgieran ciertas reacciones en determinados sectores religiosos, pues Brown refresca la memoria respecto a ciertos excesos de la Iglesia en tiempos que ya registró la Historia de la Humanidad respecto a la oscura Edad Media, pero ahora, estamos sólo ante la lectura de novelas apasionantes cuya trama, además de quitar el sueño, invita al lector a recordar (o comparar) memorables obras de suspenso, como aquellas de Agatha Christie, Edgar Wallace, Arthur Conan Doyle, John Le Carré, entre otros, en cuyo contenido, la narrativa, los personajes, los diálogos y el argumento no se sujetan necesariamente a la historia, sino a una trama policial.

Las novelas de Brown asoman a una inquietante descripción terrorífica, no exenta de escatología, en una singular manera de exponer conocimientos histórico-geográficos o científico-novelescos. Todo ese contenido —particularmente en ángeles y demonios— crea desasosiego en quienes no tienen consolidada su fe religiosa, particularmente católica, llegando a conclusiones equivocadas. La falta de cultura univer-



sal, también es un factor particular para sancionar, criticar o desechar injustamente estas obras.

García Márquez

En otro ámbito, hace varios años, el Premio Nobel colombiano, Gabriel García Márquez publica El general en su laberinto. Una novela sobre el fin de la existencia del Libertador Simón Bolívar. El libro puede gustar o no al lector. Eso no quiere decir que sea malo y menos prohibido. Personalmente no me gustó, pero lo novelesco queda como una referencia más de la habilidad literaria llevada de la mano de un maestro.

Esa obra de García Márquez fue otra de las que provocó airadas protestas, pues la Sociedad Bolivariana se levantó como leche hervida y reprochó el contenido del libro. No sólo fue en Bolivia. También otros países bolivarianos repudiaron la obra. A todo esto, García Márquez sigue tan prestigiado, como venerado por millones de lectores, aunque a nadie le gusta un final tan desgarrador como el descrito por Gabo, como no gustó la historia contada por Simone de Beauvoir, respecto al final de la vida de Jean Paul Sartre, tan patética y lacerante que, para colmo de desventuras, no se trataba de una novela, sino de un testimonio.

Alcides Arguedas

En nuestro medio, aún hay ecos del gran escritor Alcides Arguedas y su obra Pueblo enfermo. El libro, no es una novela. Su contenido debe ser leído y releído, más aún cuando el balance político en Bolivia nos muestra el caos de gobiernos corruptos y la actual crisis por la que atraviesa el país, propia de pueblos enfermos.

Al escritor Alcides Arguedas le criticaron el genera-

lizar a todo un país dentro de un diagnóstico morboso siendo, Bolivia, "un país pobre y no enfermo", como escribiera uno de los críticos de Arguedas. Puede ser acertado lo dicho por Maroff, entre otros comentaristas y críticos, pero nadie puede negar que la enfermedad se dio en los gobiernos, cuyos jefes de Estado pensaron más en su particular enriquecimiento, que en mejorar las condiciones de vida de la Nación. Ese estado patológico fue transmitido a ciertos sectores del pueblo para que hoy, todos estén detrás de la silla presidencial en busca de soluciones personales. Si se pudiera recobrar todo lo que ilícitamente se llevaron los gobernantes, no sería difícil pagar la deuda externa y, además, construir cientos de escuelas para los niños y hospitales para los que verdaderamente sufren alteraciones de la salud.

Por otra parte, nadie puede desconocer a Alcides Arguedas desde el ámbito de la Literatura. Sus creaciones figuran en ediciones internacionales de prestigiosas editoriales de Argentina, España y Chile. Catalogadas como expresiones hispanoamericanas de la más alta expresión, basta citar Raza de bronce y el emocionado ensayo Pueblo enfermo.

Kempff Suarez

Conservando distancias, hace poco tiempo el escritor boliviano Manfredo Kempff Suárez, publicó su novela Hombres de papel. Su contenido motivó un revuelo en las esferas del periodismo nacional, como si hubiese editado un libro testimonial y no una novela.

Hombres de papel es la historia de ciertos periodistas millonarios que llegan al momento culminante de la carrera profesional y a la senectud de su existencia, acompañada de los desarreglos físicos y mentales propios de un cuerpo cansado.

La trama tiene momentos idílicos, a veces humorísticos y en cierto modo ofensivos para una persona (el protagonista de la novela) que además de acercarse al fin de su vida, su trayectoria está manchada por delitos de corrupción.

Muchos periodistas lanzaron el grito de protesta ante semejante ofensa. Es curioso. Se ofendieron por un argumento de ficción. Si el contenido de la novela recuerda a algunos comunicadores haber pasado por algo similar, entonces sí vale la protesta; pues calzan muy bien el guante, pero el que nada tiene, nada teme.

Personalmente conocí y aún conozco a periodistas venafes. Conocí a directores de diarios cuyo nivel intelectual era tan pobre que no inspiraban respeto alguno. Los demás, son dignos de encomio y, por cierto, de grata recordación. Si el guante calza —insisto— en algunos periodistas, la ficción toma aires de veracidad. Lo importante, en este caso, es el nivel literario de Manfredo.

Mario Ríos Gastelú Oruro, 1031
Crítico de Arte y Literatura

